

que acordarse, de los humos de un chapucero pelagatos como los Garcías.

Convine en ello sin dificultad; y el resultado final de aquella visita y de los subsiguientes comentarios, fué decirme mi padre, al acabar de cenar y estando cada uno de los dos palmatoria en mano, con el correspondiente cabo de vela de sebo comenzando á correrse y á oler mal:

—Si esto sigue como empieza, dentro de un par de días se podrá ir preparando el terreno.

—¿Para qué?—respondí.

—Para tantear el vado.

—¿Qué vado?

—El de la administración... En mi juicio, va á ser, Pedro, coser y cantar. Con este hombre no se conciben imposibles. Nada te digo de la secretaría, porque en cuanto le haga una seña con el dedo al señor de Calderetas, ya está el alcalde boca abajo.

Repliqué á esto, aunque me halagaba muchísimo, que, en mi opinión, convenía dejarlo para más adelante, porque no creyera el Excelentísimo señor que el interés de la ganga era lo que nos movía á ser tan atentos y obsequiosos con él. Túvose por bueno mi reparo; y sin otros particulares que dignos de narrar sean, nos fuimos á la cama.



VI

CONTINUANDO sin perder día el trato de aquellas empingorotadas gentes, llegó á establecerse entre ellas y nosotros cierta familiaridad que, sin menoscabo del debido respeto, quitaba de nuestras conversaciones y empresas la estudiada ceremonia y la artificiosa etiqueta, estorbos de gran monta para llegar á conocerse y estimarse las personas.

Con esto se me venían á las manos las ocasiones de acompañar á los forasteros; y como yo cuidaba de no pasar más allá de aquello en que se me alcanzaba alguna cosa y para lo cual era llamado, quedábame la seguridad de no ser impertinente, ya que en punto á la calidad de la estimación que me iba conquistando, me conformara con muy poco.

Era asaz poltrón y perezoso el señor de Valenzuela; pero, en cambio, su hija era una

andarina de grandes alientos; y como de complacerla en todo se trataba, y se le había recomendado el ejercicio por la ciencia de curar, todos los días los acompañaba en sus expediciones, que yo mismo proponía, por conocer los sitios merecedores de la visita de nuestros huéspedes. Yo les enseñaba el mejor camino, ya para llegar más pronto, ya para dar mayor regalo á la vista en la contemplación de hermosos paisajes ó pintorescos horizontes. Yo les conducía á la ignorada fuente ferruginosa en lo más hondo y obscuro de la sombría cañada, ó á la gruta de estalactitas cerca de los abruptos peñascos de la costa. Yo les informaba, cruzando el valle, de las labores campestres, y les decía el nombre, calidad y valor positivo de los frutos del país; les apuntaba cuanto sabía de sus costumbres, y colocado entre ambos en lo alto de la pradera que dominaba el mar, les hablaba de sus terribles veleidades, de sus arrullos mentirosos, de sus tempestades imponentes, y de la arriesgada y espinosa vida de los marineros. ¡Y cómo brillaba entonces en los ojos de la madrileña, de ordinario mudos y sombríos, el fuego de los agitados pensamientos! ¡Qué poder tan asombroso el de sus pupilas al registrar los pliegues misteriosos de la inquieta superficie! ¡Qué actitudes tan resueltas y bi-

zarras las de aquel débil cuerpecillo mientras el aire fresco y pegajoso agitaba sus mal prendidos cabellos y los largos pliegues de la falda, y se clavaba su vista en los agudos peñascos donde las olas se estrellaban convirtiéndose en blanca y hervorosa espuma!

En una de estas ocasiones me preguntó, con su voz áspera, sin dejar de contemplar una gaviota que se cernía sobre las rompientes:

—¿Hace usted versos?

Al oír esta pregunta me puse más rojo que un tomate, porque, como si temiera que Clara los estuviera leyendo por encima de mi hombro, recordé cuantos había escrito en mi vida, y todos me parecieron á cual peor. Así es que, sin titubear, respondí:

—¡Jamás!

—Me alegre—añadió sin mirarme siquiera:—eso prueba que es usted hombre de gusto. Me encanta la verdad, y jamás la hallo en los copleros, en su afán de vestirla de arlequín y de medirla por sílabas. Ya no se hacen versos más que en España... y en Turquía.

Confieso que me gustó poco esta sinceridad en boca de una mujer tan joven; porque entendía yo, por instinto natural, que para elevación del alma, singularmente la de la mu-

jer, hay mentiras necesarias y hasta indispensables, como son las del arte en cuanto tienden á embellecer la naturaleza y dar mayor expansión y nobleza á los humanos sentimientos.

Lo cierto es que aquella respuesta seca y prosáica, juntamente con lo resuelto y aun airado de la actitud de Clara en el momento de pronunciarla con sus labios marmóreos, infundióme algo como temor, semejante al que producen la soledad de los páramos ó la yerta aridez del invierno. Sin embargo, la pregunta misma, hecha en tal ocasión, revelaba que el alma de Clara no era insensible á los encantos de la naturaleza: no en el ritmo dulcísimo de su reposo, sino en el fragor y estrago de sus tempestuosos desconciertos, en los cuales quizá soñaba el espíritu bravío de la joven en el instante en que contemplaba el acompasado batir de las olas sobre los peñascos de la orilla.

Por lo demás, todo iba para mi padre y para mí á pedir del deseo; quiero decir, que cada día intimábamos más con los madrileños, y parecíamos serles más útiles y agradables. Á menudo me llamaban «Pedro» á secas, y «señor don Juan» á mi padre, en vez del ceremonioso «Sánchez» ó «señor de Sánchez» con que al principio se nos nombraba,

las pocas veces que se nos hacía dignos de servir para algo á aquellos señores. El cura les había perdido también el miedo y les hacía la tertulia con nosotros. El señor don Augusto, cuando le faltaba el resuello breña arriba, se colgaba familiarmente del brazo de mi padre, no muy sobrado de alientos por la pesadez de los años, mientras que Clara me desafiaba á hundir la vista con mayor serenidad en el negro fondo de un abismo desde la peña más escarpada y resbaladiza. Habíamos comido tres veces con ellos en su casa, y más de otras tantas habían ellos refrescado á la sombra de nuestros limoneros, con los limones cogidos por Clara y el agua traída por mí de un fresco manantial encajonado entre esponjosos cantos, en el rincón más frondoso de la huerta.

Con todo lo cual y mucho más que omito por innecesario, el alcalde no asomaba á la restaurada casona sino cuando á ella era llamado por el señor de Valenzuela para que hiciera componer tal callejón mal empedrado, ó llegar *en posta* alguna carta á manos del señor de Calderetas; encargos que desempeñaba el García con la misma sumisión y diligencia que si emanaran del soberano en cuyo nombre ejercía la autoridad en el pueblo. ¡Figúrense ustedes si con estos lances y aquel

alejamiento le retozaría á mi padre el alma dentro del cuerpo!

Como que llegó á decirme una mañana, entrando en mi cuarto, espoleado por la vehemencia misma de su propósito:

—Pedro, de hoy no paso sin dejar arreglado *ese punto*.

Entendíle yo, por constarme que no pensaba en otra cosa, y no le opuse el menor reparo. La verdad es que ó don Augusto Valenzuela no podía cosa mayor en el asunto de que se trataba, ó la administración iba á ser mía tan pronto como se le apuntara el deseo de conseguirla.

¡Y qué feliz casualidad! Precisamente fué aquel día cuando se le antojó al señorón de Madrid, hallándonos mi padre y yo á su lado aguardando una coyuntura favorable para *entrar en materia*, preguntarme por mi plan de vida para lo porvenir. Verdad que la tal pregunta fué originada por una insinuación, no del todo pertinente, de mi padre, sobre la corrupción de los tiempos y los peligros de la juventud ociosa en los pueblos, por falta de medios ó valedores.

Conmovióse de los pies á la cabeza el bendito señor, pues vió llegado el instante de que sonara la voz del oráculo que había de revelar el misterio de mis destinos, y expuso

á la vista del personaje el cuadro de todas mis ambiciones. Mientras no supo el señor de Valenzuela qué casta de administración era aquélla que se pretendía, nada dijo en bien ni en mal de la pretensión; pero cuando averiguó que entre ella y la secretaría del ayuntamiento no producirían arriba de tres mil quinientos reales, no acababa de asombrarse de nuestra pequeñez de miras. Clara se santiguó al oírme que con aquello me bastaba para vivir hecho un príncipe en mi lugar.

—Señor don Juan—exclamó el Excmo. don Augusto encarándose con mi padre,—hay que distinguir de tiempos; y entienda usted que en los que corren, eso que quiere hacer su hijo de usted equivale á un suicidio, del que Dios le ha de pedir cuentas.

Aquí fuimos nosotros dos los asombrados.

—No comprendo la razón,—balbució mi padre, descolorido.

—Un suicidio he dicho, y lo sostengo—continuó el señor de Valenzuela.—¿Usted sabe lo que son tres mil reales hoy... ¡tres mil reales! que los gasta una familia, por modesta que sea, en un par de semanas? Las generaciones, señor don Juan, y hoy con doble motivo que en los tiempos que usted alcanzó y va dejando atrás, se siguen y no se parecen.

A usted le bastó la hacienda que tiene para crear una familia y sostenerla con cierta independencia, porque las costumbres de entonces en estos pacíficos retiros no exigían cosa mayor; pero su hijo de usted no puede conformarse con eso solo, porque las circunstancias han variado mucho y han de variar mucho más. Mientras viva al lado de usted, vaya con Dios; pero á la hora menos pensada deseará casarse, y se casará... y tendrá hijos... quizá muchos hijos; y para entonces se habrá transformado completamente este pueblo, porque llegará hasta él, en día no lejano, el movimiento de la nueva vida que comienza á extenderse desde el corazón á las extremidades de la península; verá sus hijos vagar medio desnudos por estos callejones, y crecer bravíos entre la cultura y el lujo de los forasteros que han de veranear aquí, no muy tarde, atraídos por la hermosura de la playa. Mas aunque estuviera decretado que este pueblo no saliera jamás del aislamiento en que hoy se halla, la transformación de los comarcanos dejaría sentir en él su influjo avasallador. Pedro no podría soportar las cargas que le impusiera la vanidad de su alcurnia, y sin abnegación bastante para decidirse á labrar la tierra con sus manos, acaso se corrompiera la bondad de su corazón, movido de las

tentaciones á que le arrastraría la calidad de su empleo. ¿Qué mayor suicidio que éste, señor don Juan? Además, y aun suponiendo que le bastara con los tres mil y pico de reales del sueldo y de la administración, más los cuatro terrones que le pertenezcan de la hacienda de su padre, para vivir sin ahogos y sin trampas, ¿no es un dolor, un verdadero pecado mortal, que un mozo de sus prendas, tan gallardo y despierto (¡qué de reverencias hice yo aquí!) se conforme con vivir y morir en esta obscura soledad, como el árbol en el monte?... Me dirá á esto el señor don Juan que así ha vivido él sin corromperse ni encanallarse; pero á eso le replicaré repitiéndole que á otros tiempos, otras costumbres. Usted fué entonces por donde iban todas las gentes de su condición, porque no había otro camino que seguir ni otras ambiciones que acariiciar; pero hoy se van abriendo muchas puertas antes cerradas á las empresas de los hombres como ustedes, y es hasta un deber de hidalguía en los jóvenes, como Pedro, salir á romper una lanza en ese palenque donde los mozos de corazón conquistan honra y provecho.

Todas estas reflexiones, expuestas, al parecer, con cariñosa vehemencia, eran completamente nuevas para mí; quedéme absorto al

oir las, como paleta ante cuyos ojos se descubrió por primera vez la cortina de un escenario lleno de mágicas maravillas, y no me atreví á replicar una palabra. Mi padre, no menos asombrado que yo, dijo al terminar su discurso el señor de Valenzuela:

—Muy al caso está todo eso, señor don Augusto; pero usted sabe muy bien que no siempre es la suerte para quien la busca.

—Si no se halla la suerte—repuso el personaje,—se halla algo que se le parezca, y, de seguro, mucho que valga más que la secretaría de este ayuntamiento. Cuando menos, se ve el mundo, se aprende algo y se cumple con el deber de luchar por la vida.

—Bien está—tornó á decir mi padre;—pero ¿y si se pierde lo cierto y no se logra pizca de lo dudoso?...

—Se vuelve á empezar y se lucha de nuevo.

—Ya; pero usted no considera que para lanzarse á esas aventuras, para dar los primeros pasos, para proveerse, digámoslo así, de las indispensables armas, no todos cuentan con los recursos necesarios, á falta de valedores generosos...

—En plata, señor don Juan—exclamó aquí el manchego personaje:—el buscarle á Pedro un destinillo en Madrid con que pueda ir viviendo mientras la suerte y sus merecimien-

tos le pongan más arriba, es para mí cosa facilísima. Díganme ahora, con franqueza, si les conviene la oferta que les hago con todo mi corazón.

Miróme aquí mi padre y miréle yo á él, y no me atrevo á asegurar quién de los dos estaba más conmovido y desencajado.

El resultado final de aquella memorable escena fué rogar al señor de Valenzuela, después de agradecer, cuanto cabía en pechos hidalgos, la protección con que me brindaba, que nos permitiera meditarlo despacio, antes de darle la respuesta, que no pasaría del día siguiente.

¡Meditarlo! ¿Para qué, si antes de salir de casa del personaje ya me imaginaba yo ser otro que tal, y no andaba mi padre á dos dedos de mis figuraciones, según colegí de lo primero que me dijo al poner los pies en la calleja!

Al día siguiente, muy temprano, monté á caballo, y no corrí, sino volé á casa de mi hermana la procuradora: referíle el caso, pedíle su parecer delante de su marido, y antes que yo concluyera de hablar, ya me estaban empujando los dos, locos de contentos, para que volviera á coger al rumbo don Augusto por la palabra. Brindáronse también á ayudarme con cuanto fuera necesario

en todo aquello para lo cual no alcanzasen los ahorros de mi padre; tomélo muy en cuenta, y de otro tirón me planté en casa de la jándala. Alegróse también ésta de la suerte que se me metía por las puertas, y me excitó á que, cuanto antes, aceptara la oferta del señorón; pero ni ella ni su marido soltaron la menor prenda referente al auxilio pecuniario que yo pudiera necesitar. Tenía el jándalo fama bien ganada de roñoso, y ya he dicho en otra ocasión que ésta mi hermana iba asimilándose poco á poco todos los resabios de su marido. También el arbitrista y su mujer me aconsejaron que aceptara el destino; pero en lo tocante á *lo otro*, no fueron más rumbosos que la jándala.

Volvíme á casa antes del mediodía, no sin haber sacado á espolazos los pocos bríos que le quedaban al cuartago de mi padre; referí á éste el éxito feliz de mi viaje; comimos luégo bastante desganados y muy pensativos, y fuímonos por la tarde á dar al señorón de Madrid, afirmativamente, la respuesta que le habíamos prometido.

En esto avanzaba el mes de septiembre; el tiempo iba refrescando, y se comenzaba en el caserón restaurado á preparar la vuelta de sus dueños á Madrid.

—De manera—dijo mi padre al despedir—

nos aquel día,—que usted avisará desde Madrid cuándo ha de ir Pedro á tomar posesión del destino.

—Nada de eso—respondió don Augusto.—Lo más acertado es que Pedro vaya á Madrid tan pronto como yo esté allá. Su presencia será para mí el mejor aguijón en medio del cúmulo de negocios que me rodea en cuanto pongo los pies en aquel infierno de ocupaciones.

Y en ello quedamos.





VII

HUBO algunos días después un solemne consejo de familia, convocado por mi padre, al cual consejo asistieron mis tres hermanas con los correspondientes maridos. El punto sometido á examen en aquella patriarcal asamblea, abarcaba dos extremos principales: 1.º Ventajas y desventajas de que saliera yo á correr las aventuras por esos mundos de Dios. 2.º Recursos indispensables y modo de adquirirlos para mi equipo, viaje y fondo de reserva, por lo que pudiera acontecer. El primer extremo, ya ventilado y resuelto en lo más substancial, dió poco que hacer y menos que discurrir al consejo; pero, en cambio, el segundo á pique nos puso á todos de que acabara aquello como el rosario de la aurora. Pedir dinero al jándalo y al arbitrista, era sacarles una tira de pellejo; así es que, lejos de ofrecérmelo, me echaron en cara la sopa

boba que estaba dándome mi padre, con perjuicio grande de los intereses de sus hijas. Indignéme la grosería, terció el procurador en el lance mientras mi padre se contenía á duras penas en obsequio á la necesidad; y como la del dinero que solicitábamos era imperiosísima, aviniéronse á darme hasta tres mil reales mis dos avarientos cuñados, merced á un compromiso que les firmé de pagarlos *en el día de mañana* con mi legítima, si antes no lo adquiría por otra parte.

Ofrecióse el procurador á darme graciosamente hasta dos mil reales; y con éstos y los otros, más lo que aprontó mi padre, y un viaje que hice con la procuradora á la villa, antes de acabarse septiembre, me hallé con un equipo como jamás le soñé, y un billete de *interior* de las diligencias *Peninsulares*, para la que debía pasar por la villa, desde Santander, el día 5 de octubre.

Entre tanto, los huéspedes de la casona iban disponiendo su marcha; la cual emprendieron, acompañándolos el cura, mi padre y yo hasta la villa, nosotros á caballo y ellos en carro del país, ocho días antes del en que había de salir yo de la Montaña.

De ella iban muy contentos padre é hija; y en verdad que con muchísima razón, porque si alguna vez *los aires* han hecho milagros,

fué aquélla en la enfermiza, pálida y angulosa Clara. ¡Qué *otra* volvía de la que había venido dos meses antes á mi lugar! Don Augusto no se cansaba de mirarla y de decirnos:

—Vean ustedes, vean ustedes, y enorgullescánse de ser hijos de tan benéfico país. ¡Cómo la apuntan los colores, y se nutre y redondea!... ¿eh?... Pero si ha dado en comer como un sabañón; ¡ella que comía menos que una calandria cuando vino de Madrid! ¡Los aires, amigos, los aires... y el ejercicio; y, sobre todo, la libertad... y las aguas!... ¡Prodigioso, prodigioso!... Otro veranito aquí, y revientas el corsé, hija mía... ¡jajajá!... Te aseguro que no te va á conocer tu madre.

Y en esto, y mientras se reía á carcajadas, el Excmo. señor daba golpecitos en la espalda de Clara, cuya sonrisa había ganado bien poco con las ganancias evidentes del rostro en que brillaba, sin duda porque los achaques del espíritu piden otra terapéutica que los del cuerpo.

Poco ó nada nos dijo la joven en todo el camino; y verdaderamente parecía ser ella, á juzgarla por su continente, la que menos importancia daba á lo que había ganado durante el verano en encantos y salud.

Cerca de la villa ya, nos salió al encuentro el señor de Calderetas, en cuya casa habían

de pernoctar los madrileños para tomar la diligencia al otro día muy temprano; y media hora después, á las puertas de la morada de aquel personaje, despedímonos todos muy afectuosos, y volvímonos á mi lugar el señor cura, mi padre y yo, haciéndonos lenguas del señor de Valenzuela, sin haber logrado averiguar todavía qué pito tocaba en la cosa pública este caballero; pero sin asomo de duda de que bajo su amparo había de lograr yo, en menos de tres tirones, encaramarme sobre los mismos cuernos de la luna.

¡Qué días los ocho que siguieron á éste! ¡Cuánta ansiedad! ¡Qué insomnios! ¡Qué incesante tensión la de mi espíritu! Veinticinco años, los primeros de mi vida, corridos en el apartamiento, en el sosiego, en la obscuridad, sin deseos, sin ambiciones, al dulce calor del hogar paterno; avezado á abarcar con la mirada, desde la solana de mi casa, todo el escenario en que había de desenvolverse la insulsa comedia de mi vida, por larga que ella hubiera sido... De pronto, el mundo entero ante mis ojos; el mundo, con sus estruendos, sus confusiones, sus azares, sus halagos, sus inclemencias, sus risas, sus dolores, sus grandezas, sus miserias... Póngase cualquiera en mi lugar, y dígame si el trance no era para andar caviloso, inapetente y desvelado, como

andaba yo... Pero mucho más desvelado, inapetente y caviloso andaba mi padre, aunque hacía heróicos esfuerzos para ocultármelo.

Acabóse septiembre, comenzó octubre, y llegó la hora tremenda. Era ésta la del amanecer. El bien provisto baúl de mi equipaje estaba en la villa desde la tarde anterior; el viejo cuartago me esperaba en el corral con todos los arreos encima, la cabeza gacha, el bello lacio, las riendas sobre la enmarañada crin, y á su lado el mozo que había de servirme de espolique.

Acercóseme mi padre, que no había dormido en toda la noche; y, sin decirme una palabra, deslizó en mi diestra dos roñosas onzas de oro, que quizá eran las economías de toda su vida. Pasaba de dos mil quinientos reales lo que yo tenía ya en el bolsillo, y me pareció una escandalosa y hasta inhumana gollería recibir aquella nueva suma que tanta falta podía hacer á mi padre á la hora menos pensada.

—Para tí las tenía guardadas: tuyas habían de ser de todos modos—me dijo para vencer mis reiteradas resistencias.—Vas á un mundo desconocido; pueden fallar los cálculos que hemos hecho; puedes enfermar, ¡quién sabe?... y ¡qué sería de tí, solo, desconocido y sin dinero?

En seguida nos abrazamos descoloridos, convulsos, como si nos despidiéramos para la eternidad; y bajé al corral precipitadamente, huyendo de los pensamientos que me asaltaban, á la vista del honrado y amoroso anciano, que se quedaba solo y triste, cuando más necesitaba el amparo y el calor de la familia.

Salí del pueblo sin atreverme á volver los ojos hacia él. ¡Nunca me parecieron más hermosas sus campiñas, ni sus aires más fragantes, ni sus celajes más pintorescos!... Envidiaba al pobre campesino y á la mansa bestia que conducía á la sierra, y al árbol solitario, destinados á morir sobre el mismo terruño que los nutría. Refrenaba con ímpetu al achacoso bruto en que cabalgaba yo, pareciéndome que era la rapidez del viento su derrengado trote... y, en fin, hasta le pedía á Dios que me enviara de pronto aunque no fuera más que un dolor de tripas para tener un pretexto racional de volverme á casa y no salir jamás de mi pueblo. ¡Tanto me abrumaba el recuerdo de mi padre y me consumía el fuego del amor á la tierra nativa, en el instante de abandonarla, quizá para siempre, después de haber pasado lo mejor de la juventud soñando vivir y morir en ella!

Pero llevaba yo tres mil reales mal contados en el bolsillo, para mis necesidades y re-

creos, cantidad fabulosa en un mozo de mis condiciones; un baúl atestado de ropa nueva, fina y á la moda; ancho mundo por delante y libertad omnimoda para gozarla; la protección de un personaje de gran cuantía; veinticinco años apenas, y una salud de bronce; con las cuales ventajas no es obra del otro jueves descargar el corazón de penas y melancolías.

Muy llevaderas eran ya las que sobre el mío pesaban, tan pronto como traspuse la primera cumbre; y con ingenuidad declaro que al llegar á la villa podían más las risueñas imaginaciones que habían vuelto á bullir en mi cabeza, que el sentimiento de abandonar los patrios lares, y los recelos temerosos á lo desconocido.

Recogí el baúl donde se hallaba depositado desde la víspera, convidé y gratifiqué rumbosamente al espolique, y hasta le dí un abrazo de despedida para que se le transmitiera á mi padre, cuyo recuerdo volvió á conmoverme, y quedéme solo, cerca del camino real, esperando la diligencia que debía llegar de un momento á otro.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



VIII

CUANDO la tuve delante, arrastrada por diez ó doce briosas mulas, con su postillón en la izquierda de las dos primeras, entendí que era una casa ambulante con gentes asomadas á sus balcones, incluso el de la buhardilla, que tal me pareció el altísimo *cupé*. Mostré mi billete al mayoral; subieron mi baúl con el auxilio de una escalera de *pinos* al desván de la casa, alzando por un costado el tejadillo de cuero, y embutiéronme á mí en el departamento central, técnicamente *interior*, en el que había ya cinco personas, las cuales me recibieron como debía recibir el atormentado la cuña destinada á apretar la prensa de sus huesos. Cedióseme una esquina que me pertenecía de las cuatro del local, como lo rezaba el billete; acomodéme del mejor modo posible en la parte de cojín que me correspondía en aquel banco, y por entonces no me

pareció muy duro que digamos, ni tampoco me lo parecieron las paredes del coche, revestidas, como el almohadón, de bayeta encarnada, con un poco de mullida, Dios sabe de qué.

En esto se oyeron hacia el pescante cuatro gritos, diez interjecciones de cuadra, el restallar del látigo y mucho cascabeleo; viniéronse los tres que iban de espaldas á las mulas sobre los otros tres que las llevábamos de frente, como si un huracán los empujara, y comenzó á rodar el coche camino de Madrid, con un ruido de cristales, de muelles envejecidos y de portezuelas mal ajustadas, que verdaderamente ensordecía y atolondraba.

Poco á poco me acostumbré á él, y hasta fuimos, á fuerza de sacudidas y cerneduras, *entrando en caja* los seis pasajeros que poco antes íbamos casi en vilo de puro apretados; y con este relativo bienestar, pude enterarme de las cataduras que me acompañaban en aquel departamento de la diligencia. El pasajero de mi derecha era un medio señor gordo y poroso, tipo de lo que era, como andando las horas se supo allí: traficante en *caldos*; bufaba muy á menudo, y chupaba de vez en cuando una punta de cigarro puro de infame calidad, que llevaba ordinariamente entre el índice y pulgar de su mano izquierda, apoya-

da ésta ligeramente sobre el muslo del mismo lado. Además de bufar se bamboleaba mucho, y cada vez que se me venía encima parecía un brasero por el calor que despedía. Ocupaba más de asiento y medio; y no nos reventó á los dos colaterales, porque el que le seguía por la derecha era un estudiantillo enclenque que cabía sin apreturas en la media plaza, no cabal, que le quedaba libre. Enfrente de mí iba una joven poco notable á primera vista, por la misma corrección y armonía de sus facciones y contornos: verdaderamente no había una tacha que poner en ella. Vestía con mucha modestia, y bajaba los ojos, negros y dulces, en cuanto yo fijaba la vista en ellos. Cambiaba á menudo algunas palabras y sonrisas con una mujer, ya cincuentona, pequeña y fea, que iba á su izquierda, inmóvil, casi rígida; pero curioseándolo todo sin cesar, dentro y fuera del coche, con sus ojillos de rámila. Por último, ocupaba el cuarto rincón un hombrecillo inquieto, limpio y muy impresionable, enjuto y moreno de faz, de crespo y entrecano bigote, cadena de similar y gorro de terciopelo. Este personaje llamativo y simpático, era, según luégo supe, padre de la joven; y la mujer pequeña, su ama de llaves y servidora única desde muchos años atrás.

Como no podía estarse callado, y el estu-

diante dormitaba, y el caldista solamente le respondía por monosílabos... cuando le respondía, y lo de casa no le llenaba mayormente, encaróse conmigo; y en un dos por tres supo quién era yo, de dónde venía y adónde iba; y cuando nada de esto le quedó por saber, comenzó^a á hablarme de las mieses entre las cuales corría la diligencia; del maíz, de las calabazas, del fresco y aterciopelado retoño, del rústico caserío, del ganado vacuno... en fin, de cuanto veía; y él se lo hablaba y se lo aplaudía; y tan pronto entonaba himnos de admiración á la belleza de la Montaña, como tristes lamentos al escaso valer de sus productos en relación con el penoso trabajo que exigían al labrador. Empeñábase mucho en interesar con sus observaciones á todos los viajeros que le acompañábamos, y por eso su vista saltaba rápida y bullidora de semblante en semblante. Siguiéndola yo en sus vertiginosas exploraciones con infantil curiosidad, más de dos veces se encontraron tope á tope mis ojos con los de la joven, que me pagaba con una sonrisa cada gesto con que yo demostraba mi aquiescencia á los pareceres de su padre. El cual hablaba tanto como con la lengua, con las manos, con los ojos, con las piernas, y hasta con el gorro de terciopelo. No he visto jamás hombre que más dueño

fuera de todos los músculos de su cuerpo, ni que mejor supiera armonizar el menor de sus movimientos con las inflexiones de su voz. Lo del gorro, especialmente, me tenía cautivo. ¡Con qué facilidad le bamboleaba sobre su cabeza sin tocarle con las manos! ¡Cómo le echaba sobre la frente en cuanto apuntaba una sospecha maliciosa, ó le arrojaba hacia el cogote al confundirnos con una conclusión irrefutable, ó le derribaba sobre una oreja mientras exponía un antecedente ó soltaba un chiste!... Porque era también chistoso el hombrecillo aquél, y agudo hasta no poder más; sobre todo, pintoresco y entretenido.

Se fué estrechando el valle poco á poco, hasta que nos vimos en las angosturas de las Hoces de Bárcena, cuyo paso duró hasta media tarde. Llegamos á Reinosa, y allí nos apeamos para comer en un parador, del cual salimos casi de noche y tiritando de frío; por lo que, bien comidos y al calorcillo consolador que producíamos los seis viajeros apretados en el interior de la diligencia, á pesar de la incesante charla del hombre del gorro; no tardamos en arrimar la cabeza á las paredes del coche y en dormirnos profundamente.

Cuando me despertó el sol del nuevo día, estábamos rodando sobre las llanuras de Castilla la Vieja. Nunca olvidaré la afflictiva im-

presión que me produjo en el ánimo la contemplación de aquel paisaje negro y esponjoso, como rimero de escorias: ni un sér viviente, ni un sonido, ni un árbol, ni un pájaro, ni un arroyo en cuanto alcanzaba la vista. Cediendo á un impulso de mi corazón, tendí la mía sacando el busto por la ventanilla, hacia lo que quedaba atrás; y allá lejos, muy lejos, formando la barrera del horizonte, columbré una cordillera de montes plomizos que parecían nubes, y una faja de nubes que parecían montes. Entre dos picachos muy altos observé una mancha tenue y azulada, recortada en línea horizontal por el cielo; y al fijarme en ella, á punto estuve de lanzar un grito desde lo más hondo de mi pecho. La fuerza del deseo, el amor á la tierra nativa, el profundo aunque acallado dolor de abandonarla, me hicieron ver en aquel instante los perfiles de sus montañas, y el mar cuyos estruendos habían arrullado los mejores sueños de mi vida. Contemplé con los ojos de la imaginación la apacible y pintoresca aldea, y en ella el hogar querido, y en el hogar á mi padre triste y errabundo y solo. Pronto me convencí de que todo ello era una alucinación de mis sentidos; la nostalgia de la patria se apoderó nuevamente de mí, y á pique estuve de que publicaran mis ojos la negra pesadumbre que

me abrumaba el ánimo. Quizás no comprendieran bien este exceso de sentimiento todos los lectores y le achacaran muchos de ellos á un vicio de mi educación patriarcal, cuando no tomaran mis palabras por un pueril alarde romántico. Algo puede haber de lo primero; lo segundo no tendría disculpa hoy en mi pluma. De cualquier manera, no serían montañeses los que se asombraran de lo que refiero; porque un montañés de pura raza es capaz de todo, menos de contemplar sin pesadumbre un suelo tapizado de secos rastros, sin árboles que le asombren, sin arroyos que le refresquen, sin verdes colinas que le limiten y sin pájaros que le alegren.

De esto hablé un poquillo con mi linda compañera de viaje, no tanto por desahogar mi corazón, cuanto por dar á mis ojos, cansados de la aridez del paisaje que me rodeaba, el regalo de su belleza.

De tarde en tarde hallábamos un pueblo derramado sobre la llanura, como las fichas en un tablero de damas, sin una mata, ni un ribazo, ni un muro, ni una huerta, ni una desigualdad que rompiera antes, al fin ó alrededor de él, la triste monotonía de su forma escueta y de su color negro terroso, como el suelo que le sustentaba, y los pocos seres humanos que perezosamente discurrían en-

tre sus moradas, y el rebaño de ovejas que herbajeaba en la era, y el cabizbajo, taciturno y embrutecido pastor que cuidaba de ellas.

En uno de estos pueblos, después de habernos desayunado en Palencia con los famosos bollos del parador de Pampín, nos detuvimos á comer, á las dos de la tarde. Entramos en el parador por la cuadra, con las mulas del tiro que se remudaba allí, y pasamos á un comedor de adobes, como todo el edificio, donde nos sirvieron en larga mesa, regularmente limpia, tras de los clásicos garbanzos, pollos y palominos en varios condimentos, queso ovejuno, dulce de membrillo y una infusión de salvia que allí denominan *té*. ¡Con qué minuciosa exactitud recuerdo todas estas cosas al cabo de tantos años, y con qué placer las revuelvo en la memoria! Bien sabe Dios el trabajo que me cuesta cerrar la válvula para que no salten sobre el papel otras infinitas de la misma casta; y con qué recelos apunto las pocas que se me escapan en el relato, temiéndome que ni aun por su interés histórico y arqueológico las aceptarían de buen grado, si llegaran á verlas, los jóvenes que hoy van en diez y ocho horas de Santander á Madrid, en cómodos vagones de ferrocarril, y tienen la fortuna de no haber rodado nunca en diligencia sobre aquel intermi-

nable camino, verdadero río de polvo zurcido en un mar de paño pardo.

Que, entre tanto, el señor del gorro no cerraba boca, no necesito decirlo; pero he de declarar que, aunque continuaba entreteniéndome mucho su expresiva y pintoresca conversación, me entretenía mucho más la de su hija, que para entonces me había perdido el miedo y hablaba conmigo á ratos sin cortedad alguna. Me encantaba por ingenua, por sencilla... y por todas y cada una de las cualidades y prendas que iba descubriendo en ella. Era la más acabada antítesis de Clara; y no sé si esta observación que se me impuso súbitamente, influyó algo en el juicio que de ella formé entonces. Si esto no, el ser la segunda mujer de aquel pelaje que yo había tratado en mi vida, y la intimidad que se establece entre los compañeros de un largo y nada cómodo viaje, bien pudieron ser parte á que mi imaginación la viera sobre más alto pedestal que el que en buena justicia le pertenecía.

Por ella supe que su padre era un empleado del Gobierno, declarado cesante en Santander cuatro meses antes. Iban á Madrid, donde ella había nacido, porque su padre había logrado un empleo particular allí, al amparo del cual pensaba vivir mientras tra-

bajaba para que le repusiera el Gobierno en su destino. El cesante se llamaba don Serafín Balduque; su hija, Carmen, y la mujercilla fea, criada antiquísima de la familia y casi aya de la joven, como ya queda dicho, Quica.

En otro población como el en que habíamos comido, cenamos á deshora de la noche los mismos pollos, los mismos palominos, el propio queso con membrillo en dulce, y la mismísima salvia por remate... Y vuelta á dormir y á rodar en llano, hasta que amaneció el nuevo día entre polvo del camino real y campos de desolación. Sobre ellos, como sobre los que iban quedando atrás, descollaban acá y allá muy de tarde en tarde, tal cual tumor, plumizo y rapado, encima de alguno de los cuales se erguía un castillete coronado de unos barrotes, entre los que subía y bajaba una cosa negra, á modo de caldero. Eran los telégrafos ópticos, que, lejos de alegrar el paisaje, le entristecían todavía más; pues á la contemplación del insulso detalle iba unida la consideración de que dentro de aquella jaula de sólidas paredes, había seres humanos incomunicados con el resto del mundo; y para mayor burla de la desgracia, ellos, los encargados de conducir maquinalmente la palabra de los demás á través de la

tierra, estaban condenados á no hablar con nadie, fuera de lo que hablaran entre sí.

No sé por qué comparaba yo aquellos destellos de *luz*, relativamente al sitio en que brillaban, con la mocosa candileja que se deja ver en el fondo negro de un vasto subterráneo.

Nos explicó don Serafín cuanto se le alcanzaba del modo de funcionar de aquellos aparatos; y llegando á decirnos la miserable retribución con que pagaba el Gobierno el suplicio moral de los empleados que los manejaban, puso á todos los gobiernos españoles como no digan dueñas; y una vez enzarzado con ellos por aquel motivo, despellejólos vivos por todos los imaginables, y especialmente por los que á él le atañían.

Entonces nos refirió su historia con todos sus pormenores el bueno de don Serafín Balduque, historia que me puso á mí los pelos de punta, y no era para menos.

Según su relato, el tal don Serafín había comenzado á servir al Estado, bajo la protección de un *personaje influyente*, á la edad de diez y siete años y con cuatro mil reales de gratificación. Desde entonces hasta la fecha en que nos lo decía, cuarenta y siete años justos, con una hoja de servicios limpia como una patena, había sido cesante veintitrés veces, que representan veintitrés larguísimas

temporadas de angustiosas privaciones, y otras tantas batallas rudísimas para conseguir la reposición. Como la necesidad le obligaba á aceptar lo que le ofrecían, cada vez que le empleaban, vuelta á tejer el pobre hombre casi de nuevo la destejada tela de su oficio en otro ramo diferente de la Administración del Estado. Así saltaron sobre él todos sus contemporáneos, y jamás pudo llegar á la categoría que le pertenecía de derecho, para jubilarse con un sueldecillo mediocre, y descansar de una vez. Había sido empleado en casi todas las poblaciones de España en que hay oficinas del Estado, y pasaban de tres las ocasiones en que al ir á tomar posesión de su nuevo destino, atravesando para ello toda la península, antes de presentar sus credenciales al fin de la jornada, ya era cesante otra vez.

—Es cosa sabida—concluyó,—y hasta proverbial entre las gentes del oficio: ¿hay que hacer un hueco para colocar á un intruso recién llegado? Pues Seraffn Balduque cesante. ¿Ambiciona alguien el puesto mío en una capital determinada? Al día siguiente ya está Seraffn Balduque trasladado á los quintos infernos. ¿Se habla de crisis? Balduque al agua. ¿Se arma un tiberio político en cualquiera parte del mundo? Don Seraffn sin empleo.

—Eso ya es mucho exagerar,—apuntó aquí el caldista con voz de sochantre.

—¡Exagerar!—exclamó don Seraffn mirándole con ojos de lástima, después de haber echado con un rápido movimiento de cabeza el gorro sobre el entrecejo.—Y ¿por qué?

—Porque no tiene nada que ver el destino que usted desempeña con lo que suceda por esos mundos.

—¿Y cree usted—volvió á preguntar el cesante echando el gorro hacia la oreja derecha,—que tiene algo que ver mi empleo con la venida del rey á Santander?

—Maldita la cosa,—respondió el caldista.

—Pues bueno—continuó don Seraffn:—en cuanto supe yo que S. M. venía á inaugurar el ferrocarril, y ví la ciudad en movimiento y la gente alborotada, me dí por muerto.

—¡Vaya una aprensión!

—Aprensión, ¿eh?... En mayo estuvo el rey en Santander, ¡bien sabe Dios lo que yo le aclamé, y las visitas que hice al jefe de mi negociado que le acompañaba, y lo puntual y asiduo que estuve siempre y para todo!... pues á mediados de junio ya me habían limpiado el comedero.

—Casualidad.

—Enhorabuena; pero, como la capa del

otro, tan llena está mi vida de esas casualidades, que han llegado á ser la ley por que me rijo.

No perdía yo ripio en esta conversación, puesto que el asunto de ella tenía bastante más concomitancia con mis proyectos que las crisis europeas con el destino de don Serafín. Metí mi baza en la porfía, y dije al sempiterno cesante:

—Carecerá usted de valedores.

—¡Calabaza, careceré!—respondióme al punto echando el gorro hacia la nuca.—Los tengo como todo hijo de vecino.

—Pues no lo comprendo.

—Lo que hay es, que así como en fuerza de aburrirlos, no dejándolos á sol ni á sombra, me ayudan algo para colocarme, es decir, para verse libres de mí, después, si te he visto no me acuerdo.

—Corriente—dije yo;—pero esa serie de casualidades que le persiguen á usted, aunque para usted han llegado á ser una ley ineludible, no lo serán para todos los empleados del Gobierno.

—Hombre—replicó don Serafín con nerviosa viveza,—no diré que á cada cuarenta y siete años de servicio correspondan en España, irremisiblemente, mis veintitrés cesantías; pero lo que es veinte, docena y media

siquiera, no se las quita á nadie el lucero del alba... salvo, se entiende, los niños mimados de la suerte, que comienzan por donde uno acaba y llegan á la cumbre en un dos por tres. Pues si no fuera así, la carrera de empleado era una canongía para los hombres como yo, de pocas necesidades.

—Gran consuelo es todo eso que usted dice para los aspirantes á esa carrera,—expuse yo aquí con la ingenuidad que puede presumirse.

—Le aseguro á usted, señor don Pedro—me dijo Balduque con toda la solemnidad que cabía en él,—que no tiene vergüenza el hombre que, con salud y mediano entendimiento, se echa hoy en España por ese camino. Cuando vuelvo los ojos atrás y cuento los años que llevo sirviendo al Estado; la burla que sus gobernantes han hecho de mí; los apuros, los ahogos en que estas burlas me han puesto tantas veces; las privaciones á que me he sometido; la fe... hasta el entusiasmo con que he trabajado en los múltiples cargos que se me han cometido; la edad que tengo, lo atrasado que estoy en la carrera; lo que será de esa infeliz (y miraba conmovido á su hija, no muy serena), si Dios me quita la vida á la hora menos pensada, me asombro del buen humor que tengo, de no deber un céntimo á nadie... y de lo honrado que soy... De

lo honrado que soy, sí; porque conmigo se ha hecho todo lo posible para que no lo fuera. ¡Cuántas veces mi pobre mujer... (de resultas de un forzado viaje penoso por el puerto de Pajares, en el corazón del invierno, la perdí), cuántas veces me aconsejó que abandonara la carrera, sólo en desdichas fecunda para la familia, por cualquiera de las ocupaciones que, á Dios gracias, he tenido siempre en Madrid durante mis cesantías!... La verdad es que á remendón de portal que me hubiera dedicado cuando tuve el mal acierto de aceptar el primer destino que me ofrecieron, tendría á la presente fecha mejor pelaje del que tengo, y, sobre todo, hogar y reposo... Dicen que reina cierto malestar en el mundo político y que se temen acontecimientos graves... Bien sabe Dios que no soy hombre de matices ni de pasiones de ese género; pero les aseguro á ustedes que, hoy por hoy, me creo capaz de echarme á la calle con el moro Muza, si el moro Muza lo fuera de exterminar á garrotazo seco la pillería que medra con todos los partidos, y manda y dispone y es causa de mis desventuras, y de otras mucho mayores, que también me duelen porque las llora la patria.

¡Pobre don Serafín! ¡Qué lástima me daba de él en estos casos, y cuando, quizá por no

tener con qué pagar las comidas y las cenas, le veía yo, mientras los demás pasajeros de todos los departamentos de la diligencia nos regodeábamos con los vulgares, pero abundantes y calientes condumios de la mesa de los paradores, comprar, medio á escondidas, un poco de pan para volver á comerlo en la diligencia, en compañía de Carmen y de Quica, con los míseros fiambres que éstas sacaban cuidadosamente de un saquito de alfombra que llevaban sujeto entre las correas del techo! ¡Á qué tristes consideraciones me arrastraba el ejemplo de aquella desdichada familia, cada vez que pensaba yo con alguna serenidad en los propósitos que me habían sacado de mi lugar!

En una ocasión, y no sé á cuento de qué, cité yo el nombre de don Augusto Valenzuela. Preguntóme don Serafín si le conocía; respondíle muy hueco que tenía la honra de ser gran amigo suyo por haberle tratado mucho aquel verano en mi lugar; díjome si pensaba visitarle en Madrid; contesté que tan pronto como llegara, aunque me guardé mucho de decirle el por qué de la visita; y desde aquel instante don Serafín, Carmen y hasta la misma Quica, no supieron ya dónde ponerme, ni cómo contemplarme; y al oír á don Serafín ponderar el influjo del orondo

manchego en la política dominante, y el valor de una amistad como la suya, verdaderamente me acusaba la conciencia de haberme dejado arrastrar con exceso del demonio de la vanidad al hablar de mis intimidades con el personaje; pero sirva como atenuación de mi pecado el cordial propósito que hice de emplear en beneficio de don Serafín, tanto como en el mío propio, cuanta estimación hubiera conquistado yo hasta aquella fecha, y pudiera conquistar en adelante, en el corazón del influyente manchego. No se lo oculté á don Serafín, y esto acabó de darme una importancia colosal á los ojos de aquella apreciable familia, con la cual departía yo á todas horas con la más patriarcal franqueza, especialmente desde que, habiéndose quedado el gordo caldista en Olmedo, y no estorbándonos para nada el imberbe estudiantillo, vivíamos los cinco en el interior de la diligencia como en el propio hogar. A los demás viajeros sólo los veíamos á las horas de comer. Conocíamos todos de vista, y nos tratábamos con la cortesía de vecinos de una misma escalera, pero nada más. Y no es de tachar la comparación, pues los mismos puntillos de etiqueta que entre las familias de una misma vecindad, se observaban entre nosotros: quiero decir, que los pasajeros de la

berlina nos miraban con cierto desdén á los del interior, al paso que éstos, es decir, nosotros, nos creíamos un tantico más entonados que los de la rotonda, y mucho más que los del cupé.

Y andando andando, es decir, rodando rodando, concluyéronse las llanuras, y comenzó la subida del áspero y largo Guadarrama. A la bajada de él me dijo don Serafín, echándome una mano sobre el hombro derecho y señalando con la izquierda hacia el horizonte del Sur:

—¡Allí le tiene usted!... La cúpula de San Francisco el Grande, la torre de Santa Cruz, la mole de Palacio...

Miré con ansiedad hacia donde me señalaba el dedo de don Serafín, y, en efecto, ví cuanto el cesante me iba nombrando, alzándose sobre un cerro amarillento y pelado, y recortándose sus perfiles en el azul purísimo de un cielo incomparable.

—Aquello es Madrid—añadió mirando hacia allá asido con las dos manos al marco de la ventanilla, y bamboleando el encorvado cuerpecillo, según lo pedían los tumbos y vaivenes que daba la diligencia en su rápido y estruendoso descenso.—¡Ah! ¡si yo tuviera poder para tanto!... Un recadito secreto á las gentes honradas para que escurrieran el bul-

to; luégo una lluvia espesa de pólvora fina; en seguida otra lluvia de rescoldo... y como en la gloria todos los españoles.

Hízome reir y dióme qué pensar esta ocurrencia, y ya no se habló más que de Madrid en todo lo restante de la jornada. El estudiante metió la cuchara en la conversación muchas veces, y aun se me antojó más versado en las cosas de Madrid que en los códigos de Justiniano. Oyóme decir que me gustaría vivir en la corte entre paisanos, y me recomendó cierta posada de estudiantes montañeses, mozos de buen humor, en la calle del Caballero de Gracia. Tomé nota de ello en mi cartera, y tomóla también don Serafín, porque pensaba visitarme á menudo, tanto como se lo permitieran sus ocupaciones en la corte, entre cuyos laberintos y encrucijadas quería servirme de piloto. Dióme en justa correspondencia las señas de la casa donde él iba á parar (Olmo, 42 duplicado, cuarto 4.º interior de la derecha); y en éstas y otras tales, al rayar el mediodía, sin un árbol, ni un sembrado, ni un detalle de los mil que anuncian en toda tierra de cristianos la proximidad á una gran población, llegamos á la puerta de San Vicente, y veinte minutos después, á la calle de Alcalá, parador de las *Peninsulares*, en cuyo patio nos apeamos entumecidos, pol-

vorientos y desgreñados. Hubo allí, tras el registro de ordenanza, las acostumbradas despedidas entre los viajeros de cada departamento: me dolió de veras la que hice de la hermosa Carmen, en cuyos ojos leí un vivísimo deseo de que volviéramos á vernos pronto; prometíselo con otra mirada no menos elocuente, mientras estrechaba en mi diestra la suya blanquísima, suave y menuda; y encomendando mi baúl á las espaldas de un forzudo mozo de cordel, seguíle á la posada, cuyas señas le dí, tropezando con el espeso oleaje de transeuntes de la calle de la Montera, ensordecido con el estruendo que producía el rodar de los coches y el hablar de tantas gentes, y deslumbrado y borracho por la novedad del sitio, del movimiento y de los colores; extraño mar en que yo me zambullía de repente, desde el fondo de un cajón con ruedas, venido de las agrestes soledades de mi lugar atravesando interminables arideces, tristes como las estepas de Rusia.

